



José Luis Garamés Lage

Asesinatos con Arte

Accésit del IV Premio Wilkie Collins de Novela Negra

narrativa

M.A.R. Editor

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la obra© José Luis Caramés Lage

De la edición © M.A.R. EDITOR

Imagen de portada © Alenavlad - Fotolia

Noviembre de 2014

<http://www.mareditor.com>

ISBN: 978-84-942182-7-9

Depósito legal: M-31960-2014

Diseño de la colección: Absurda Fábula

Impreso en España

CAPÍTULO PRIMERO

EL ICONO RUSO

La manzana era de un color verde luminoso. Ella quería darle la luz interna necesaria para que ninguna sombra se acercase. La había elegido por su historia. Claudia Lamas se había identificado con un injerto del siglo XIX, realizado por una abuela australiana de nombre bastante común, María Anne Smith, entre la *Malus domestica* y la *Malus sylvestris*. De ahí venía su denominación: Granny-Smith, la manzana que tenía, como ella, una acidez que no dejaba que sus trozos se oxidasen. También se parecían en su dureza, dado que aquel fruto tan bíblico no se masticaba sin esfuerzo, por lo que los mayores con dentadura postiza no podían comerla, ni siquiera muy madura. De todas formas, al final de todo, se volvía dulce al cocerla para la tarta de manzana que con su sabor agrio, estaba estupenda. Claudia era un poco como aquel tipo de manzana: dura, agria, solitaria, y dulce cuando se hacía compota, que en su caso surgía, muy de vez en cuando, y en momentos de gran aproximación intelectual con algún amigo artista.

Claudia quería que en el frutero que estaba pintando, la manzana elegida como modelo reluciese por su luz interna muy verde clara entre otras dos manzanas rojas, pertenecientes a la naturaleza muerta; dos naranjas mortecinas con sus gastados colores de siempre, y tres plátanos amarillos parduzcos que miraban hacia arriba al lado de un buen racimo de uvas moradas que colgaban sobre un mantelito color sepia que cubría una mesa vieja de madera oscura. Se había inspirado en el cuadro de Paul Cézanne «Naturaleza muerta con frutero» y en aquella manzana

sola, alejada de todo lo demás del cuadro del pintor de Aix-en-Provence, colocada sobre el mantel a la izquierda y en la parte de abajo del óleo sobre lienzo, pintada por el artista francés que tanto la impresionaba. «Pero mi manzana quiero que brille más que la del francés y que no tenga fondo de sombra, sino que irradie luz, como si fuese verdad eso que dicen que a las manzanas las bañan con radio para que brillen y atraigan al comprador», había pensado Claudia que, desde hacia un año y medio, se dedicaba a la pintura de forma profesional. Todo había surgido cuando expuso a raíz de una convocatoria pública en la cual podías participar con dos cuadros. Ella ganó la opción a exponerlos, y media hora después de haber colgado los dos cuadros en el Kiosco Alfonso, en donde se iban a reunir unos ciento sesenta lienzos de ochenta artistas gallegos, ya los había vendido por 12.000 euros cada uno. El primero de los cuadros se titulaba «Árbol en flor» en una clara inspiración del «Almendro en flor» de Van Gogh en donde el árbol era el personaje central y único del cuadro, y en el que el blanco se mezclaba con el verde oscuro, sus dos colores favoritos. El segundo lienzo se titulaba «La partida de cartas en la taberna de Ambrosio» en donde se podría ver a tres hombres sentados jugando a la brisca, y a uno de pie mirando cómo jugaban, lleno de colores más claros que la versión segunda del cuadro de Paul Cézanne, «Los jugadores de cartas» pintado entre los años 1890 y 1892.

A Claudia le interesaba la luz, todos los colores menos el negro y pintar de una forma asilvestrada, pero en el ámbito de lo doméstico, es decir, sin meterse en escenas clásicas con figuras sin cabezas, pliegues rotos por la mitad y mármoles amarillentos por el paso de los siglos; u óleos con barcos en medio de tormentas rodeados de olas gigantescas que gritaban «te vamos a hundir», aunque sea para gastarte una broma muy aguada. Ella quería

cuadros algo ácidos, duros, brillantes, con la luz inquieta de buscar su propia luminosidad, de la que se sale del óleo antes de convertirse en varias sombras. Odiaba las sombras y era consciente que a la noche nunca la pintaría. Y esa idea no venía de un trauma infantil al cerrarse la puerta de la habitación para que no oyese el ruido de los muelles de la cama de sus padres cuando quisieron que tuviese un hermano. No, lo suyo era mucho más consciente, declarándose enemiga de la oscuridad, de todo aquello que tuviese el color negro como compañero, por lo que nunca iba a un funeral, ni se ponía ni siquiera zapatos negros para un compromiso de etiqueta. Cuando era así y debía vestirse seriamente utilizaba un verde muy oscuro que en realidad era para ella la representación del principio de la muerte, la negación de la vida, y de la alegría. Para la pintora el verde oscuro que utilizaba para los protocolos era un color psicológico primario, frío, inteligente, social, que inducía al reposo en el ansia y la calma. Es decir era un color para los fondos de cualquier cuadro necesitado de impresiones teatrales sin sombras. Por eso, Claudia relacionaba al color verde oscuro con los ritos de tránsito de los humanos cuando se dice que pasan, sabiendo que es una mentira, a mejor vida, pero con la luz de la mañana. Ella nunca había pensado seriamente en morir, pero con toda seguridad, lo haría por la mañana, quizás amaneciendo, pero sin sombras, o al atardecer cuando se van todos los colores del cielo y del ambiente de la merienda en donde huele a chocolate y churros, o, por el contrario, a cerveza y pulpo, que rodea a las personas, antes de que lleguen las sombras. Y, si las sombras llegaban, tendrían que ser azules oscuras, nunca negras.

Hasta el momento de la participación en la exposición y su éxito en la venta había dado clases de Arte en el Colegio Santa María del Mar, de los Jesuitas. En sus clases había que pintar un cuadro para el final del curso por lo que enseñaba de una manera

muy práctica, que parecía inspirar y hasta aprender a unos veinticinco alumnos, en donde sobresalía siempre alguna mujer en acuarela y hombres en el óleo. Se despidió del colegio y de sus alumnos entre «No te vayas por favor» de sus estudiantes, pero no se arrepentía de ello. Quería pintar y, por otro lado, dedicarse a una labor que realizaba desde que su padre, al acabar su licenciatura en Historia del Arte en la Universidad de Santiago de Compostela, le había presentando al Comandante Argüelles de la Guardia Civil, diciéndole que era un gran criminólogo. Claudia se había interesado por esa disciplina e hizo un Master de Ciencias en Criminología en la Universidad de Lovaina en Bélgica. Durante el año y medio que habían durado los estudios, aprendió a entender el crimen, la justicia criminal y la respuesta del público. Pero, además, se hizo una afrancesada, hablaba francés casi sin acento, y una experta en teorías y modelos criminológicos y en sus formas diferentes de investigar. Estudió con tanto ahínco que fue felicitada en la entrega de diplomas, obteniendo la máxima calificación de su promoción de 40 alumnos de toda Europa, el *Summa cum laude* con las máximas alabanzas. Habían pasado años pero mantenía contactos con un compañero de aquellos días, un inglés muy simpático y ahora Assistant Director en la Scotland Yard en Londres de nombre Alan England, y con María da Vinci, una criminóloga que trabajaba en las bibliotecas de la ciudad Vaticana, descubriendo entre sus libros, algunos crímenes poco conocidos, y que contestaba siempre a la pregunta si era una descendiente de Leonardo con un «Me parece que sí, pero ya sabe cómo son los árboles genealógicos...» respuesta que dejaba al preguntón sin ganas de seguir indagando, ya que nada sabía de árboles y menos, genealógicos. Con María hablaba una vez al mes por teléfono, aunque usaban el WhatsApp a menudo para preguntarse cómo iba la vida.

Dejó el pincel cuando sonó el teléfono fijo, que aún no había sido sustituido por un móvil en su apartamento y que tenía encima de la mesita camilla en la sala de estar, al lado de aquella maceta tan cuidada en donde había colocado al árbol orquídea o pata de vaca púrpura de origen asiático, que le habían regalado sus amigos al cumplir los cuarenta años, y que crecía muy despacio en medio de una floración espectacular que parecía ocupar toda la esquina de aquella sala grande.

—Sí, dígame... —respondió Claudia. —Inspector Durán, ¿Cómo le va? Hace tiempo que no nos vemos. Usted dirá —señaló la pintora con su voz más entregada. —Deme 45 minutos y estoy en la Comisaría. ¿Cómo dice? ¿Que traiga conmigo mi alma de pintora? Yo siempre la llevo, es consustancial con mi forma de ver la vida, inspector. Eso ya debería saberlo. Sí, ya hablamos en un rato. Parece que tiene usted prisa o está apurado por algo... Sí, ya voy, ¡por Dios! ¡Que prisas! —exclamó la pintora.

Al colgar el teléfono se puso a pensar mientras cogía la trayectoria más directa para cruzar la sala y entrar en su habitación. Abrió el armario y cogió una camisa blanca de seda, ropa interior blanca con un sujetador balconet o de media copa que la hacía un poco agresiva, aunque ella no tenía mucho pecho, y unas bragas también blancas con encaje elástico para que se ajustasen bien a su cuerpo. Pensó en ponerse pantalones y chaqueta, estaba más cómoda, y eligió el Armani gris de otoño que no llevaba demasiadas veces. Se vistió despacio como el que tiene mucha prisa y pensó que el color cobrizo de la melena merecía unos labios algo carnosos como los suyos, a los que pintaba con un marrón chocolate con un ligero subtono rosado sin brillos, ya que el rosa a las pelirrojas no les queda demasiado bien. Sobre las escasas pecas que tenía a los lados de la nariz echó un líquido corrector, aunque

realmente la hacían algo más graciosa. En los ojos se puso una sombra neutra, ahumada y en las cejas un tono parecido al de la melena cobriza. Desde hacía unos meses llevaba una melena bob, más corta por atrás, sin flequillo y peinada con raya al medio. La frescura parecía rodearla con un halo de luz granate, color que se podía ver en el pañuelo que se puso casi como bufanda y en la gabardina también granate forrada de cuadros escoceses verdes y amarillos que se ajustaba a su cuerpo. No cogió bolso alguno, quería tener las manos libres y metió las llaves del piso en su monedero, con tres rotuladores en los bolsillos de su gabardina. Se miró al espejo del ascensor, vivía en el séptimo, en una buhardilla que muchos habían definido como alucinante, en la que había invertido la herencia que le habían dejado sus padres, fallecidos hacía cinco años, y se vio muy guapa, realmente lo era, y muy preparada. «Muy preparada para qué» pensó al subir en su Volkswagen gris, riéndose para dentro. Se miró y comprobó que sus ojos seguían siendo verdes oscuros y que miraban de una manera limpia, sin lo que parecería resquemores hacia la vida.

Llegó a la Avenida de Alférez Provisional cerca de los embarcaderos de una parte del muelle de la ciudad y entró en la Comisaría de Policía, siendo saludada por uno de los guardias de la puerta que la conocía de otras visitas. Tomó el ascensor y entró en la Brigada de Investigación Criminal que recorría un largo pasillo lleno de despachos y de un par de salas, una de ellas de espera. Claudia se dirigió al despacho de Arturo Durán y después de comprobar que era el de él, su nombre estaba rotulado en la puerta, llamó con los nudillos.

—Adelante —se oyó desde dentro.

—Buenos días, inspector, subinspector —observó la pintora al darse cuenta que el inspector no estaba solo.

—Gracias por venir, Srta. Lamas. ¿Recuerda al subinspector Montenegro? —preguntó el inspector.

—Sí, claro. ¿Qué tal está, Luis? —preguntó Claudia. Luis no contestó al ser interrumpido por el inspector.

—Bien. Tenemos prisa y vamos a ir al grano. Mi colega, Luis Montenegro, nos va a ayudar con este misterio y entre los tres esperemos resolverlo en unos días —afirmó muy serio, Durán.

El Inspector Arturo Durán había entrado con buen pié en la cuarentena. Seguía muy en forma y mantenía toda su clarividencia intacta, ya que Claudia había notado en él una muy nítida inclinación a desmenuzar los hechos como si fuesen ovillos de lana, o aún mejor, de hilo muy blanco de cordonnet especial con el mismo baño de tintura para hacer ganchillo con el número 1,00, grosor 50, y uno de esos mantelitos que regalan las madres a la joven nuera diciéndole que ella se había llevado a su hijo, pero que de crochet, nada de nada. No era muy alto, pelo castaño siempre corto pero peinado con raya al lado izquierdo, rostro muy agradable y con cierta tendencia a la seriedad que contrastaba con una nariz respingona y labios gruesos; de espalda ancha y fuerte. Vestía siempre de traje o de chaqueta con colores marrones, grises y azules oscuros que hacían juego con el tono de los pantalones, siempre muy bien planchados, que llevaba de una manera muy cuidada. Las camisas casi siempre blancas, aunque a veces, lucían un color azul claro o gris más oscuro. Los zapatos negros siempre muy limpios y con calcetines del mismo color manifestaban cierta tendencia general hacia los colores oscuros, y se podría decir, hacia una clara inclinación al azul marino, que se había convertido en el color más usado por el inspector. Sus corbatas, siempre discretas, llamaban la atención por su buen gusto que conjuntaba con el color de su chaqueta o del traje que llevase puesto. Él decía que el gusto por las corbatas le venía de

su padre del que había heredado más de cien, a cada cual más bonita. En el lado izquierdo de las chaquetas había logrado que el sastre le hiciese un espacio especial para la cartuchera y la pistola. Usaba una funda de pistola de cuero negro, moldeada y de extracción rápida. El cierre con doble cuerpo y una inclinación estudiada para la extracción cómoda. La pistola que usaba era una sig-sauer-P228 que le habían regalado durante una estancia semestral en Estados Unidos en uno de los centros de formación del F. B. I., en Washington: El arma de color negro era de origen suizo-alemán, con la longitud del cañón reducida y con un diseño de empuñadura menos angular que el normal, algo que la hacía inmejorable para llevarla oculta. De todas formas, y eso era lo que casi nadie sabía, llevaba también un revolver Smith & Wesson modelo 617 de calibre 22 Ir de 10 tiros y doble acción en una funda con clip para cinturón y de extracción muy rápida.

—La necesitamos para que nos dé su opinión sobre una escena que ya hemos visto, el subinspector Montenegro y yo, en donde se ha cometido un crimen que consideramos «pictórico». Esa es la palabra que le hemos puesto a tal escena —señaló Durán.

—Pero, ¡síntese un momento!, por favor —observó Durán.

—Sí. Es la primera vez que vemos algo así que, además de una escena terrible, manifiesta un sentido ordenado, coloreado, sí, la palabra la dijo ya Durán, «pictórico» del asesinato— aseveró Montenegro.

—Primero vemos la escena y después hablamos. Tenemos toda la información pertinente, pero queremos que nos dé su opinión, Claudia, sin nada que la enturbie o la incline para un lado u otro. Por eso, nos vamos al coche y al chalet en donde se ha cometido el crimen —afirmó Durán.

El coche conducido por el subinspector salió a los Cantones para dirigirse a la zona de Riazor, a Ciudad Jardín, y a uno de los

primeros chalets que desde una hondonada, miraban a la playa. Claudia iba pensando que el inspector no estaba mal y que el subinspector era muy joven para ella. Lo único que resentía del inspector Durán era su predilección por los colores oscuros y su casi obsesión por ir tan cuidado y colocado, algo que seguro no soportaría un taller de pintura en donde todo anda por el suelo pintado con gotas y mezclas, a no ser que tuviese prohibido entrar en aquella habitación de artista. De todas formas, ella podía ver un atisbo de sentido artístico en aquellas corbatas que usaba entre granate, verde oscuro, azules mar a dentro y marrones claros en los que se mezclaban algunas, pocas, florecillas amarillas o violetas. Realmente se necesitaba gusto para ponerse aquellas corbatas y, a lo mejor, —eso lo pensaba la pintora para equilibrar su desencanto ante su clara inclinación hacía los colores cercanos al negro— lo usaba para darse un aire serio y profundo de policía lleno de tonalidades graves.

El inspector Arturo Durán poseía dos grandes obsesiones: era coleccionista de bastones y llevaba cinco años tratando de tocar el oboe. Como coleccionista de bastones poseía en su casa un gran mueble bastonero en forma de lira de madera de álamo. Sus bastones eran elegidos con cuidado y gusto, ya que sus empuñaduras eran de madreperla, ámbar, cristal, metal bañado en oro y, sobre todo, en plata; madera de raíz y exótica que iba desde la de *sheesham* de la India hasta el ligero bambú. Su primer amor, y quizás su obsesión más oculta, dado que casi nadie sabía de su vida musical, era el oboe. Desde pequeño le había gustado la música barroca, concepto que había estudiado como una palabra portuguesa que significaba «perla irregular», utilizada para polemizar y razonar de manera artificiosa con engaño y capricho extravagante. Pero, para el inspector Durán también era un arte elaborado que iba muy bien con su mente, su saber decir y estar. Con los dos

profesores que había tenido de forma particular y a los que pagaba su madre, siempre atenta a los caprichos de su hijo único, había estudiado el nuevo concepto de armonía barroco asentado en el acorde y en la melodía en los que no aparecen limitaciones en cuanto a saltos ascendentes y descendentes. Sus profesores, los dos, le habían dicho que en el barroco es en donde surge la tonalidad y una gran variedad de ritmos. Los dos le habían inclinado hacia el estilo francés de ejecución precisa con *tempos* al estilo de las oberturas, preludios y sinfonías.

El inspector Durán sabía que el oboe era un instrumento muy francés con su sonoridad dulce y penetrante y que, de alguna manera, aventajaba a los violines en los tempos vivaces, y a los gemidos de las flautas. Para el inspector Durán el oboe expresaba el estilo cantante en los movimientos más vivos. Tenía un oboe moderno de madera de boj de buena calidad sonora que le exigía esfuerzo para controlar el sonido. Había logrado cierto tono igual y nítido, claro, no muy distante del tono tan elegante producido por el arco del violín. Tocaba algo a Vivaldi, sobre todo el concierto en Fa Mayor y a Albinoni. Además, le gustaba Telemann y su concierto en Do Menor para oboe, cuerda y continuo.

El subinspector Luis Montenegro era menos formal que su jefe directo. Usaba mucho las cazadoras, debía tener al menos cuatro o cinco; las camisas con botones en las solapas del cuello muy sport, y corbatas de colores más vivos que los oscuros de Durán. Hacía poco que había cumplido 35 años y tenía ya cierta experiencia dentro de la Brigada de Investigación Criminal en donde todo el mundo coincidía en que hacían una buena pareja de investigadores. Era alto, más alto que el inspector, delgado, agradable y suelto en todo momento. Le hacía la vida fácil a Durán, ya que era el que se ofrecía de voluntario para conducir, ir a por un bocadillo de jamón, solamente comían eso si tenían que

estar de servicio y en un lugar fijo, o a por un agua sin gas, un café o algún capricho del inspector al que le gustaba el chocolate. Por eso, cuando sentía la debilidad por algo dulce, cosa que sucedía de vez en cuando, le pedía que le comprase una barrita de Mars, una bolsita de m&m's o un paquetito de malteses. A Luis Montenegro esas confianzas le agradaban y las hacía con todo gusto, aunque siempre ironizaba sobre las manías del jefe, al que para consolarlo, le concedía que no tenía muchas. El subinspector Luis Montenegro había estudiado Psicología en la Universidad de Santiago de Compostela en donde se especializó en su postgrado en Metodología de las Ciencias del Comportamiento dentro de la que era un entendido en la evaluación psicológica y en los modelos de los procesos cognitivos y de intercambio de información entre las personas. Quizás y debido a su inclinación hacia la evaluación psicológica se dedicaba en sus vacaciones al turismo chamánico, nueva modalidad turística llena de sorpresas y de viajes interiores nada despreciables. Ya tenía en sí dos experiencias inolvidables en el Amazonas peruano y en el Chile de los mapuches.

La puerta del chalet seguía abierta. Se dieron cuenta al llegar al rellano de una escalera de cemento que subía a una casa ajardinada con pequeñas palmeras colocadas como guardianes vegetales y algunas macetas, quizás demasiado grandes, de plantas exóticas. En ella dos policías de uniforme muy serios la protegían. Saludaron con cordialidad a los dos superiores y sonrieron con una mueca y bastante desgana a la presencia de la pintora.

—Inspector, todo sigue igual, como lo dejó usted y el forense y dos científicos están esperando que ustedes vean la habitación —manifestó el policía armado de uniforme que parecía el mayor de los dos.

—Muchas gracias. En un momento les aviso para que llamen al equipo forense —anunció Durán.

El crimen había sido cometido en el dormitorio principal del primer piso. Subieron las escaleras y Claudia notó que los dos inspectores se ponían muy serios y que, de alguna forma, se tensaban al subir las escaleras. Ella iba la última y la comitiva la conducía el inspector Durán. Al llegar a la puerta del dormitorio, los dos policías se pararon. Lo mismo hizo Claudia que no siguió andando cuando el inspector puso su brazo de barrera para que no siguiese caminando.

—Por favor, ya sé que es usted un ser humano fuerte y que no es la primera vez que ve una escena de personas muertas, es decir, asesinadas, pero le ruego que tome aire, coja fuerzas y observe todo lo que hay en la habitación. Si quiere le dejamos un grabador y así recoge sus opiniones —dijo Durán.

—Va usted a meterme miedo —afirmó seria la pintora.

—Vale, pase usted —anunció muy quedo el subinspector.

Claudia Lamas no se asustó. Abrió los ojos todo lo que pudo y se echó hacia atrás sin mover los pies. Solamente inclinó su cuerpo para atrás en un claro deseo de rechazar lo que veía. Sobre una colcha amarilla guateada por su centro, con figuras geométricas que recorrían los cuatro lados de aquel rectángulo entrelazándose en colores azules, rojos y amarillos, se encontraban dos cuerpos: el de una mujer joven y el de un niño que parecía estar en el regazo de su madre. La mujer tenía un tul rojo apagado que le cubría la cabeza y parte del cuerpo, dejándole el rostro al descubierto que se inclinaba con cariño hacia la cabeza del niño que parecía querer protegerse al abrazar a la mujer. El niño vestía una camiseta de manga corta color verde claro y una especie de mantita amarilla, pero de un tono más oscuro que el de la colcha. Los dos parecían serenos, con los ojos abiertos, fijos en algo cercano y muy pensativos. No había manchas de sangre, ni de echo mancha alguna, haciendo que la escena pareciese un cuadro